

## **Discurso del P. José María Tojeira, rector de la Universidad, en el acto de entrega del Doctorado Honoris Causa en Derechos Humanos a James McGovern**

Conocí a Jim McGovern como joven asesor del congresista ya fallecido Joe Moakley, también doctor honoris causa de esta universidad. Desde el primer momento, me llamó la atención su claridad de análisis, su intuición y su capacidad de entender los modos de proceder de personas que provenían de una cultura diferente. Después, la historia me fue demostrando que no solo se trataba de un joven inteligente y abierto, sino de una persona de profundos sentimientos éticos y políticos, con una racionalidad arraigada en la solidaridad y en la sensibilidad ante el sufrimiento.

En su historia como político, hay innumerables pruebas de lo que decimos. Enfrentando elecciones cada dos años, los congresistas norteamericanos necesitan mantener una intensa relación con sus votantes. La mayor parte de sus labores consiste en responder y actuar frente a las necesidades de su distrito o frente a los problemas comunes de su ciudad, estado o región. La verdadera política, nos decía hace ya años Joe Moakley, nace y se hace desde el trato directo con la gente a la que uno representa. Y desde ese mismo trato con las personas nace también la preocupación por un mundo más abierto y mejor.

En efecto, en la historia política de Jim McGovern hay una enorme actividad internacional, que brota de las mejores virtudes del pueblo norteamericano. De un pacifismo responsable, su palabra y su acción se han hecho presentes en muchos de los problemas del mundo en que vivimos. El reconocimiento del genocidio histórico en Armenia, y actual en Darfur, la situación en Gaza, el apoyo a la población invadida del Tíbet, la preocupación por los refugiados colombianos y la defensa de los indígenas del mismo país, Zimbabue, Irak, Afganistán, forman parte de esa preocupación permanente por un universo donde la humanidad pueda encontrar de nuevo su rostro fraterno y el respeto básico a los derechos humanos. El problema del hambre en el mundo, que en los años recientes de crisis ha sumado a cien millones de personas a este terrible e inhumano flagelo, le ha llevado a participar activamente en la reflexión y la acción sobre cómo enfrentar responsablemente ese gravísimo mal. Asimismo, el agua, un recurso básico y al mismo tiempo un bien de la humanidad, está en el centro de sus preocupaciones. El manejo no sostenible de los recursos hídricos ofrece el peligro inmediato de convertirse

a nivel mundial en una fuente de conflictos sociales, cuando no en una crisis humanitaria. Nuestro congresista está también ahí.

Este modo de entender la política, uniendo lo local y lo global, nos muestra el camino de lo que podríamos llamar una verdadera política del bien común. En la tradición cristiana hay una clara conciencia de que la humanidad es una, y aunque en las comunidades locales debamos preocuparnos por establecer el modo más fraterno posible de convivencia, no podemos perder nunca la perspectiva de una humanidad navegando en el mismo barco y hacia el mismo futuro.

Y si hoy miramos al mundo en que vivimos, contemplamos con preocupación que grupos reducidos, pero con un poder extraordinariamente fuerte, olvidan esta vocación fraterna universal que mantiene no solo la fe cristiana, sino el pensamiento básicamente humanista. Ya en 1931, en la encíclica *Quadragesimo anno*, Pío XI manifestaba su preocupación por un rumbo de la economía que puede no solo parecernos contemporáneo, sino incluso aclaratorio y explicativo de la crisis que recientemente ha golpeado a toda la humanidad y especialmente a países en vías de desarrollo como el nuestro. Pío XI decía entonces:

Salta a los ojos de todos, en primer lugar, que en nuestros tiempos no solo se acumulan riquezas, sino que también se acumula una descomunal y tiránica potencia económica en manos de unos pocos, que la mayor parte de las veces no son dueños, sino solo custodios y administradores de una riqueza en depósito, que ellos manejan a su voluntad y arbitrio.

Dominio ejercido de la manera más tiránica por aquellos que, teniendo en sus manos el dinero y dominando sobre él, se apoderan también de las finanzas y señorean sobre el crédito, y por esta razón administran, diríase, la sangre de que vive toda la economía y tienen en sus manos así como el alma de la misma, de tal modo que nadie puede ni aun respirar contra su voluntad.

Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la limitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido solo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia.

En Estados Unidos son célebres las palabras del presidente Dwight Eisenhower, treinta años después de la *Quadragesimo anno*, cuando denunciaba la “influencia total en lo económico, lo político y aun en lo espiritual” del complejo militar-industrial. Señalaba entonces que las tendencias armamentistas significaban “el peligro de una influencia innecesaria en el crecimiento desastroso de un poder desbordado”.

Más recientemente, Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Pastores gregis*, del año 2003, decía textualmente: “Hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. ¡Los pobres son legión!”. Los genocidios, las víctimas incontables de las guerras civiles, mayoritariamente personas indefensas y no armadas, el hambre, los desastres humanitarios, unidos tantas veces a migraciones forzadas, nos

obligan a contemplar con realismo una historia del siglo XX que, en efecto, se asemeja a una guerra contra los más débiles del planeta.

La necesidad de revertir esa guerra y crear una nueva civilización de paz con justicia se revela todos los días en las múltiples luchas contra toda injusticia y en la solidaridad con los más débiles. Solidaridad tanto más urgente cuanto la crisis económica y el cambio climático golpean a esas grandes mayorías heridas ya previamente por la exclusión, la pobreza y la violencia tanto estructural como social. La cantidad de lluvia caída recientemente sobre algunas zonas de El Salvador nos descubre una vez más la indiferencia que tenemos ante los riesgos y las vulnerabilidades de nuestro pueblo sencillo y pobre, y nos ha traído en estos días un terrible dolor y angustia. Ha levantado una gran oleada de solidaridad con los damnificados entre esta gran mayoría de personas buenas que habitan en nuestro país. Pero también nos ha hecho contemplar la necesidad de contar con políticos que se fijen en las necesidades de los más pobres, que contribuyan a prevenir los desastres y los riesgos de todo tipo a los que se ve expuesta la gran mayoría de personas buenas y decentes de El Salvador. Políticos que aporten desarrollo equitativo y seguridad social y personal a nuestro pueblo. Políticos que nos den confianza y esperanza a quienes desde nuestra luchas y esfuerzos deseamos poner paz donde hay odio y violencia, como diría Francisco de Asís, justicia donde hay hambre e injusticia, solidaridad donde existe un individualismo feroz y una cómplice y brutal indiferencia.

Ignacio de Loyola nos invitaba a los jesuitas a buscar siempre el bien más universal, ligando directamente este bien con la mayor gloria de Dios. La Congregación General 32, ratificada posteriormente por las siguientes Congregaciones Generales, mirando la problemática antes descrita, traducía ese bien universal en la actualidad en “comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”. Los jesuitas asesinados en 1989 pertenecieron a ese grupo de pioneros que con su sangre martirial dieron testimonio de la coherencia del carisma ignaciano con la necesaria opción por los pobres, que la situación y la realidad exigían en su momento y siguen exigiéndonos en la actualidad.

De esa lucha de nuestros mártires, lucha por una humanidad nueva y solidaria, se han hecho partícipes también todos aquellos que desde la exigencia de verdad, justicia, reparación y perdón han buscado la reconstrucción de nuestro país, El Salvador. En particular, el congresista James McGovern, al que hoy honramos, mostró en la búsqueda de la verdad del Caso Jesuitas la misma racionalidad compasiva e inteligencia solidaria que le caracterizan hoy en su ejercicio político.

Es más, nos señala, desde el conjunto de sus compromisos, un modo de entender la política, y de hacerla, que se corresponde con los grandes ideales de una humanidad libre, solidaria, donde la persona humana tenga oportunidades reales, pueda llevar a cabo la plenitud de sus posibilidades y sea al mismo tiempo profundamente generosa con las necesidades de los más dé-

biles. Ignacio Ellacuría, impulsándonos a todos a crear una nueva civilización que él llamaba de la pobreza, nos pedía que rechazáramos “la acumulación de capital como motor de la historia y la posesión-disfrute de la riqueza como principio de humanización”. Y nos invitaba a comprometernos en el esfuerzo por lograr “la satisfacción universal de las necesidades básicas” como “principio del desarrollo y del acrecentamiento de la solidaridad compartida” y como “fundamento de la humanización”. James McGovern, con sus esfuerzos por la verdad, con su solidaridad con las víctimas, con el apoyo a los refugiados de diversos países, con su trabajo por superar el hambre y por lograr un uso racional, universal y sostenible del agua, nos muestra la calidad de políticos que el mundo en que vivimos necesita. Un político que tiene en su oficina el retrato de monseñor Romero y que no solo entiende la pasión de nuestros mártires por la justicia y la vida de los pobres, sino que trata también, apasionadamente, de construir una sociedad y un mundo más solidario en el que todos y todas tengamos cabida con dignidad. Es por ello que esta universidad, pequeña en el concurso internacional universitario, pero comprometida hasta la sangre en las luchas por la justicia que la fe exige, lo honra con su máxima distinción.

Gracias, Jim, por ese estilo de hacer política desde tus principios cristianos más profundos y desde tu humanismo solidario y abierto a las víctimas de la historia. Gracias también a todos los que colaboran contigo en tu trabajo. Y gracias, sobre todo, a tu familia, que hoy te acompaña y que te respalda en ese buen hacer.

San Salvador, 13 de noviembre de 2009.